

Viaje del tiempo

LAS BASES DE LA PROSPERIDAD

Darío Valencia Restrepo

www.valenciad.com

Durante el primer milenio después de Cristo no se presentó en el mundo ningún cambio en términos del PIB real por habitante. En los siglos siguientes y hasta una fecha cercana a 1820 el crecimiento anual de dicho indicador fue prácticamente despreciable. Eran por lo general tiempos de “hambrunas, pestes y guerra” como señaló Malthus. Pero empezó entonces un fenómeno extraordinario que llevó esa cierta medida de la prosperidad, aunque no de la distribución de la misma, a aumentar en forma sostenida a una tasa aproximada del 2% anual a lo largo de los casi dos siglos transcurridos. La revelación de estos datos causó verdadera sorpresa pero fue respaldada por diversos autores, a pesar de las grandes limitaciones que se presentan para obtener cifras de años muy remotos. Entre los estudiosos de ese pasado macroeconómico se distingue el escocés Angus Maddison, quien con sus importantes libros está mostrando la importancia de la cuantificación en la historia económica del mundo.

¿Por qué se presentó ese abrupto cambio de tendencia en el PIB real por habitante? El libro *The Birth of Plenty*, de William J. Bernstein y editado por McGraw-Hill en 2004, intenta una respuesta cuando señala que lo anterior es explicado por instituciones que permiten la concurrencia de cuatro factores: el imperio de la ley que asegure las libertades civiles y los derechos de propiedad material e intelectual; la aceptación del método científico como herramienta para examinar e interpretar el mundo; la existencia de un mercado de capitales abierto y disponible para financiar el desarrollo y producción de nuevos inventos; y la capacidad de comunicar rápidamente información vital y de transportar personas y bienes.

Puede que algunos consideren que no es una novedad citar esos cuatro factores, pero lo atractivo del libro de Bernstein son los análisis y comparaciones que hace de casos históricos con el fin de respaldar su tesis. Precursora de la prosperidad es Holanda pues entre 1500 y 1700 experimenta un crecimiento anual de 0,52% para el indicador en cuestión que, aunque todavía muy modesto, supera ampliamente el de las demás naciones en razón de la aparición allí de un primer desarrollo de las condiciones antes mencionadas. Pero el gran despegue ocurre hacia principios del siglo XIX, encabezado por Inglaterra y seguido posteriormente por los Estados Unidos, naciones en las cuales los cuatro factores alcanzan plena madurez. Antecedentes formidables para estos casos pueden encontrarse, respectivamente, en la Carta Magna de 1225 y la Constitución de 1777.

Son de interés los comentarios sobre algunos países que demoraron su desarrollo con respecto a Inglaterra, tales los casos de Francia (que tenía casi todo lo necesario para cumplir el papel de líder económico en Europa), Japón y España. Las guerras de conquista y expoliación que caracterizaron a esta última la condujeron a una economía basada no en la industrialización y el comercio sino principalmente en el flujo de oro y plata proveniente del Nuevo Mundo, a lo cual habría que agregar la desastrosa expulsión de unas poblaciones progresistas como eran las de judíos y musulmanes, los

estragos de la Inquisición y la mentalidad reflejada en expresiones como “España no necesita de sabios” o “Que inventen ellos”. Pasa luego el autor a considerar las instituciones heredadas por países que en el pasado fueron colonias con el fin de explicar su actual situación.

El libro tiene aspectos controvertibles. En particular, no resulta convincente su análisis sobre el papel del imperialismo en la vida económica de los países. Con ejemplos y contraejemplos, Bernstein trata de demostrar que esa fase del capitalismo no ha incidido en las desigualdades entre el Norte y el Sur, aunque en algún punto habla de los imperios que iniciaron una colonización con un genocidio. Aquella visión del texto queda desvirtuada si apenas mencionamos las invasiones, ocupaciones y despojos; la tradicional inequidad de los términos de intercambio comercial para materias primas y ahora para productos manufacturados de los países subdesarrollados; y los asimétricos tratados de libre comercio. Aunque países hoy desarrollados alcanzaron su prosperidad industrial con medidas proteccionistas, ahora Estados Unidos exige libre comercio para sus bienes y servicios pero lo niega para la agricultura, un sector crucial para muchos países pobres; en efecto, los enormes subsidios que diferentes países ricos otorgan a sus agricultores bajan artificialmente los precios internacionales y propician el “dumping”. ¡Cuánto habría ayudado a esas economías agrarias un precio justo para sus productos!

Recomendable es la lectura de un texto lleno de información, con ideas originales que merecen amplia discusión y de lectura apasionante. Como este columnista no conoce versión de *The Birth of Plenty* al idioma español, desearía que alguna editorial facilitara su lectura a los no familiarizados con el inglés. Finalmente, conviene mencionar que William J. Bernstein es un neurólogo y experto financiero que también es autor de otros reconocidos libros y responsable del popular sitio de internet www.efficientfrontier.com

Periódico El Mundo
Medellín, Colombia, 3 de septiembre de 2007